

recobró todos sus sentidos, y habiendo recibido todos los sacramentos de la Iglesia, descansó en el Señor, asistiendo el Santo á su cabecera hasta que verificó su muerte. Conociendo el monarca el mérito del Santo, pretendió premiarle haciéndole obispo de Jaen, y despues de Valladolid; pero jamás pudo conseguir que aceptase semejante dignidad, oponiendo siempre su ineptitud y el peligro de su alma. Como el rey le amaba tanto, convino fácilmente en no darle este disgusto; pero en recompensa le pidió que aceptase el cargo de preceptor de los señores infantes sus hijos. Convino el Santo en ello; pero nombrándole al año su religion provincial de Castilla, renunció un cargo tan honroso por servir á sus hermanos, cumpliendo con la profesion que habia hecho. En el año de 1622 llevó Dios á mejor vida al rey Felipe III; y habiéndole nombrado el rey Felipe IV por confesor de su augusta esposa D.^a Isabel de Borbon, tuvo el valor de no admitir tan grande honra sino con ciertas condiciones. La primera, que no se le habia de impedir la visita de cárceles y hospitales, la asistencia á los enfermos y el socorro de los necesitados. La segunda, que no se le habia de precisar á admitir los honores y distinciones de que gozaban los confesores de las reinas, en cuya consecuencia ni habia de gastar coche, ni se le habia de dar el trato de reverendísima. La tercera condicion fué, que no habia de cobrar pension alguna, y oponiéndose á esto la reina, solo convino en que la habia de cobrar para repartirla á los pobres. Este santo desinterés le conservó con el mayor rigor en medio de la privanza que tenia con los soberanos, y lo mucho que éstos deseaban concederle mercedes. Jamás pidió ninguna para sus parientes ni amigos, y mucho menos para los conventos de su religion. En solas dos cosas hizo que se interesasen los monarcas. Como el Santo era tan sumamente devoto de María Santísima, siendo su santo nombre el mas continuo empleo que habian tenido sus labios desde la cuna, procuró dilatar su devocion por todos los medios posibles. Uno de ellos fué la congregacion del Ave María, para cuya estabilidad y firmeza suplicó al rey que se alistase por hermano juntamente con los señores infantes, la cual pretension le fué concedida con gusto. Solicitó tambien que protegiese el rey la pretension de que en su orden se celebrase el dulcísimo nombre de Maria; y el piadoso monarca, que veia la tierna devocion de donde nacier semejantes solicitudes, no pudo menos de interesarse con el sumo pontífice para dar al beato Rojas este consuelo.

En este tiempo ya contaba el beato Simon de Rojas setenta y dos años de una edad gastada en el servicio de Dios, en el de

la religion, en provecho de sus hermanos, y en la práctica de las mas heróicas virtudes. Quería Dios premiar éstas, y dióselo á entender á su siervo. Esta nueva fué para el Santo la mas agradable y venturosa que habia tenido en toda su vida; y así determinó desde luego apartarse de todos los cuidados que le sobresaltaban para atender únicamente á sí mismo, y ponerse en estado de presentarse con confianza en el tribunal de la justicia divina. Despidióse de los reyes, de las damas de palacio, de sus hijas espirituales, y hasta de sus mismos hermanos los religiosos, diciendo á todos que se despedia para un viaje que tenia que hacer en breve. Oyéronlo con dolor, porque su ausencia les era sumamente sensible; pero á nadie le vino al pensamiento preguntarle qué viaje era aquel, bien ajenos de pensar que era el de la eternidad. A últimos de setiembre de aquel año fué acometido de un accidente de apoplejía que le privó de todos sus sentidos, y consiguientemente de la vida. Luego que se divulgó por Madrid acudieron á su celda grandes, títulos, obispos, caballeros ilustres y religiosos, y puestos de rodillas al rededor de su pobre cama, unos le besaban los pies y las manos, otros repartian entre sí en pequeñas partes los utensilios de su celda, y todos le aclamaban por santo. La reina cuidó de que fuesen los médicos de cámara á restablecer, si fuese posible, tan preciosa vida. Era llegada la hora en que Dios queria premiar las santas obras de su siervo fiel; y así, todas las humanas diligencias fueren inútiles; pues á las treinta horas de haberle acometido el accidente entregó su purísima alma en manos del Criador. Luego que supo la reina y la demás gente de palacio que habia muerto el padre Rojas, conocieron que este era el viaje para que se habia despedido, y no dudaron que Dios le habria hecho la merced de haberle revelado la hora de su tránsito. Hiciéronsele las exequias con grande concurso de gentes de la primera jerarquía y numeroso pueblo que á grandes voces publicaban su santidad. Justificada ésta con todas las formalidades debidas, y aprobados dos milagros que hizo Dios por su intercesion, fué beatificado por el papa Clemente XIII, en el año de 1766. Venérase su sagrado cadáver en una magnífica urna de plata que está colocada en el altar mayor de la iglesia de padres Trinitarios de Madrid, en donde dispensa Dios favores continuos á los que con verdadera devocion se encomiendan á la poderosa intercesion que este Santo disfruta con el Dios de misericordias.

SAN WENCESLAO, DUQUE DE BOHEMIA, MÁRTIR.

FUÉ Wenceslao hijo de Uratislao, duque de Bohemia, y de Drahomira de Luczko, nieto de Borivor, el primer duque cristiano, y de la bienaventurada Ludmila. Su padre Uratislao fué un príncipe prudente y valeroso, lleno de bondad y muy cristiano; pero su madre Drahomira era gentil, sin haberla podido jamás convertir ni las exhortaciones, ni el zelo, ni los buenos ejemplos de su marido. Naturalmente era de genio altivo y fiero, añadiendo á la impiedad la crueldad y la perfidia. Tuvo dos hijos, Wenceslao, que fué el primogénito, y Boleslao, que nació el segundo. Conociendo Sta. Ludmila lo peligroso que era fiar la educacion de los dos niños á una madre idolatra, cuyas costumbres eran correspondientes á su profesion, deseó criar en su palacio por lo menos á uno de los dos. Dejáronse á su eleccion, y escogió al hijo mayor, en cuyo admirable natural descubria bellas disposiciones para lograrse en él una cristiana educacion. Fué, pues, enviado á Praga Wenceslao, al palacio de su abuela. Encargóse la virtuosa princesa de formar por sí misma aquel tierno corazon, repartiendo el cuidado de su educacion con un sabio preceptor que le señaló. Era éste un capellan suyo, sacerdote santo, por nombre Pablo, que llenó dignamente todo el deseo de la princesa en las lecciones que le dió, para cultivar á un mismo tiempo su entendimiento con el estudio de las letras, y su corazon con el amor y con el ejercicio de la virtud.

Correspondió el tierno príncipe tan perfectamente á este cultivo por la escelencia de su ingenio, por su docilidad y por su natural inclinacion á todo lo bueno, que desde luego fué reputado por uno de los príncipes mas cabales que habia á la sazón en la Europa. No solo no tenia necesidad el preceptor de escitarle al cumplimiento de las obligaciones del estudio y de la religion, sino que se veia precisado á moderar los excesos de su ardor por unas y otras. Habiéndose adelantado mucho, y estando ya perfeccionado en el estudio de las letras humanas, resolvió Ludmila, de acuerdo con su preceptor, enviarle al colegio de Budex, ciudad poco distante de Praga, donde á la sazón se educaban muchos jóvenes de la primera nobleza, y todos cristianos; bien persuadida á que solo en los colegios y en los estudios públicos reina la pundonorosa emulacion, no habiendo cosa mas ingrata, ni mas seca, que una educacion privada y particular. El que gobernaba el colegio, con nombre y con au-

toridad de principal, ó de rector, era un clérigo de Neis en Silesia, hombre muy piadoso, y tan conocido por su gran sabiduría, como por la santidad de su vida. Bajo la disciplina de un maestro tan hábil y tan santo, acabó el jóven príncipe sus estudios, y se perfeccionó en el ejercicio de las mas escelentes virtudes. Distinguióse mucho entre todos por la penetracion y por la brillantez de su ingenio; pero se distinguió mucho mas por la pureza de sus costumbres; por su devocion y por su zelo de la religion cristiana. Solo parecia niño en la edad. Por lo demás modesto sin afectacion; amigo de complacer á todos con decoro y sin bajeza; circunspecto en todas sus acciones; noble y grande hasta en las mas menudas, y cristiano siempre en todo, se le consideró desde entonces como perfecto modelo de los mayores príncipes. Su devocion sobresaliente era á Jesucristo en el augusto sacramento, y una singular ternura á la Santísima Virgen: esta Reina de las vírgenes le alcanzó aquel estremado amor á la pureza, que pareció ser el carácter de este castísimo príncipe, huyendo con particular cuidado todas las ocasiones de perderla, ó de mancharla.

Como su mismo nacimiento le destinaba para tener algun dia vasallos que mandar, se dedicó con tiempo á adquirir todas las cualidades y prendas de un buen señor. A todos hechizaba su modestia, y su apacible trato le hacia dueño de los corazones de todos. En ningun otro jóven príncipe se vieron nunca, ni modales mas nobles, ni prendas mas amables, ni costumbres mas puras. Murió el duque su padre siendo aun muy jóven Wenceslao; y apoderándose inmediatamente Drahomira su madre de la regencia y del gobierno, faltándola ya el freno del duque su marido, se abandonó enteramente á su cruel humor; y dejándose llevar de su implacable odio al nombre cristiano, se declaró contra la religion con un furor sin medida. Dió principio publicando un decreto fulminante, en que mandaba cerrar todas las iglesias, y cesar en todo ejercicio de religion; prohibia á los sacerdotes instruir al pueblo; escluía á los maestros cristianos de la enseñanza de la juventud; anulaba todo lo que su suegro Borivor y Uratislao su marido habian establecido en favor de los cristianos; y en una palabra, desterraba la religion cristiana de todos sus dominios. Depuso de sus empleos á todos los magistrados y á todos los oficiales cristianos, nombrando en su lugar idolatras empedernidos, y enteramente sacrificados á sus pasiones y á su tiranía. Fué tan cruel y tan bárbara la persecucion, que todo gentil particular tenia licencia para quitar la vida á cualquier cristiano, sin que á éste le fuese licita ni aun la de-

fensa natural; y si por defender su vida se la quitaba á un gentil, condenaba á muerte la cruel princesa á otros nueve cristianos; de manera, que la muerte de un culpado costaba la vida á diez inocentes.

Afligida la piadosa Ludmila á vista de tantos desórdenes, no pudiendo ya sufrir que á sus mismos ojos fuese destruida una religion que á costa de tantas fatigas habian establecido el duque su marido, el duque su hijo, y tambien ella misma, no halló medio mas eficaz para remediar tantos males, que disponer tomase las riendas del gobierno su nieto Wenceslao, que aunque tan jóven, tenia toda la prudencia y todos los talentos necesarios para gobernar un pueblo, de quien era las delicias y la admiracion. Habiéndole declarado duque todos los estados, fué universal el alborozo en toda la Bohemia, resonando en todas partes fiestas y regocijos públicos. Drahomira, universalmente aborrecida por su crueldad, y objeto de la execracion general por sus estragadas costumbres, cedió sin ruido; mas para evitar toda disension entre los dos hermanos, se convino en un repartimiento, y se desmembró una provincia á la parte superior del Elba, que se le dió á Boleslao, y de su nombre se llamó desde entonces Boleslavia. Viéndose abandonada la impía Drahomira, se arrimó al partido de su hijo segundo, el cual valia tanto como la madre.

Dió principio á su gobierno el nuevo duque, restituyendo la religion cristiana en todos sus estados á su antigua posesion; anuló todos los edictos que Drahomira habia publicado para aniquilarla; y persuadido á que el medio mas eficaz para hacer que florezca la religion es el ejemplo del soberano, se esforzó cuanto pudo á reformar las costumbres de sus vasallos, con el mudo, pero brillante modelo de las suyas. Pasaba en oracion gran parte de la noche, y dedicaba á ejercicios de piedad todo el tiempo que le dejaban libre los negocios públicos. Luego se vió reinar en todos sus dominios la paz y la justicia, refloreciendo la religion por el gran cuidado que puso en elegir ministros y oficiales de conocida bondad é integridad. Mudó presto de semblante toda la Bohemia, y rindió mil gracias al Señor, por haberla concedido un duque santo.

Desesperada mientras tanto Drahomira al ver otra vez cristiano á todo el ducado de Bohemia, y noticiosa de la eminente virtud del duque su hijo, conoció fácilmente que todo era fruto de los prudentes consejos de su suegra Ludmila; y resuelta la furiosa nuera á desembarazarse de ella, sobornó á ciertos infames asesinos para que la quitasen la vida. Noticiosa de todo

la virtuosa princesa, sin ignorar quienes eran los asesinos sobornados, en vez de dar orden de prenderlos, llamó á todos sus criados, pagólos y recompensó sus servicios abundantemente; repartió entre los pobres todo el dinero, muebles y alhajas que le habian quedado; metióse en su oratorio, mantúvose postrada por algun tiempo delante del altar; confesóse con su confesor y capellan el santo sacerdote Pablo; recibió de su mano el santo Viático, encomendó su alma á Dios, y se quedó en oracion. Mientras se estaba ofreciendo al Señor como víctima de la religion, entraron dos asesinos, y arrojándose con furor sobre la santa princesa, la ahogaron con la misma toca ó velo que tenia. Así murió Sta. Ludmila, á quien la Iglesia honra como mártir el dia 16 de este mes.

Noticioso S. Wenceslao de este cruel asesinato, sintió vivísimamente lo mucho que con él habia perdido; lloró la falta de una abuela que le habia criado con tanto desvelo, y solo se consoló con la seguridad de que lograria en el cielo una poderosa protectora contra las persecuciones que desde luego conoció le harian padecer un cruel hermano y una madre desnaturalizada. Poco tardó ésta en darle pruebas de sus perniciosos intentos. Suscitóle un poderoso enemigo en la persona de Radislao, príncipe de Gurima, que entró en sus tierras con un numeroso ejército; y despreciando las pocas fuerzas de un duque jóven, sin esperiencia y sin aliados, no dudó que toda la Bohemia seria el fruto de aquella sola campaña. Admirado Wenceslao de aquella irrupcion, le envió sus embajadores para preguntarle qué motivo le habia dado para declararle la guerra, con orden de ofrecerle todo género de honestas y decorosas condiciones para efectuar la paz. Pareciéndole al príncipe de Gurima que la embajada era prueba de la flaqueza y del miedo, respondió con fiereza, que la única condicion para conseguir la paz, era cederle toda la Bohemia.

Viéndose el Santo en la precision de defenderse, juntó precipitadamente un ejército, y marchó á buscar al enemigo que hacia grandes estragos en todo el país que pisaba. Cuando los dos ejércitos estuvieron á la vista, pidió Wenceslao á Radislao una conferencia, y le dijo, que no habiendo de hacerse la paz sino á costa de una batalla, no era justo que se derramase tanta inocente sangre; y puesto que solos ellos dos eran ó la causa, ó los autores de sus diferencias, solos ellos debian terminarlas por un combate singular que decidiese la victoria. Oyó Radislao con lástima y con risa la proposicion del jóven duque, y la trató de temeraria; pero la aceptó tanto mas gozoso, cuanto se consi-

deraba orgullosamente seguro de la victoria; y así retirándose groseramente le dijo con desprecio: *Anda, principe, ve á tomar tus armas, que presto se decidirá este negocio.*

Dejáronse ambos ver en el campo de batalla á la hora señalada; Radislao cubierto de todas armas, como otro Goliat, con un dardo en la mano, y con una larga espada en la vaina; Wenceslao con sola una ligera coraza, y una espada muy corta, como quien tenia colocada en el cielo toda su confianza. Hizo la señal de la cruz, como para dar principio al combate; iba Radislao á dispararle su dardo, cuando vió delante de sí dos ángeles, y oyó una voz que le dijo: *No le tires.* Apoderóse entonces de su corazon tal terror y tal espanto, que dejó caer las armas en tierra, y corriendo á echarse á los pies de Wenceslao, le pidió perdon, y se sujetó á todas las condiciones que el victorioso duque le quisiese prescribir. Los dos ejércitos no acababan de creer lo mismo que estaban viendo; y entonces se conoció que Wenceslao era un principe particularmente favorecido del cielo, á quien Dios habia tomado debajo de su proteccion, y que siempre tendria de su parte al Señor Dios de los ejércitos.

A la verdad, ningun principe cristiano mereció mas estos insignes favores. Ningun soberano dió jamás mayores pruebas de una fe mas viva, de una caridad mas ardiente, ni de una virtud mas encumbrada. Su devocion á la sagrada Eucaristia no solo se acreditaba en el profundo respeto con que estaba delante del Santísimo Sacramento, y de su frecuente asistencia al pié de los altares, pasando en la iglesia la mayor parte de la noche, sino por la veneracion que profesaba á todo lo que tenia alguna correlacion con este divino misterio. El mismo sembraba con sus propias manos el trigo que habia de servir para las hostias, y exprimia las uvas del vino destinado al santo sacrificio. Tenia particular devocion en ayudar á misa, y por la tierna que profesaba á la santísima Virgen, resolvió guardar perpetua castidad toda la vida.

Pudiera parecer que su caridad con los pobres le hacia olvidar, ó le envilecia la dignidad de soberano, si no se supiera que nunca es un principe mayor que cuando sirve á los miserables. Declaróse desde luego por protector de los pobres y de los huérfanos. Era su mayor gusto disfrazarse por las noches, y llevar sobre sus hombros haces de leña á las casas de los necesitados. Muchas veces se le vió asistir en persona á los entierros de la gente pobre, diciendo que las obras de misericordia decian mejor, y eran mas propias de los grandes, que del me-

nudo pueblo. Pocos dias dejaba de visitar á los encarcelados; libraba muchas veces á los que estaban presos por deudas, pagándolas de su bolsillo, y consolaba con admirables razones á los delincuentes.

Hacia mas respetables y mas respetados del público á los obispos y á los sacerdotes con los particulares honores que él mismo los tributaba. Siempre estaba descubierto delante de los ministros del altar, y siempre los hablaba con el mayor respeto. Quien le viese en sus devociones y ejercicios espirituales, juzgaria que no tenia otra cosa á que atender; y quien le mirase en el gabinete despachando los negocios del estado, creeria que no cuidaba de otra cosa. Lamábanle comunmente *el santo principe*; y era el duque de Bohemia la admiracion de todas las cortes. Sabiase que en la ocasion era valiente, pero sin dejar jamás de ser devoto.

Precisado á concurrir á la dieta de Wormes que habia convocado el emperador Oton I, sostuvo perfectamente la reputacion de su virtud en todas las ocasiones. Pagóse tanto el emperador de su santidad y de las demás prendas que le adornaban, que resolvió erigir en reino, por hacerle este favor, el ducado de Bohemia; pero el santo duque no le quiso admitir, contentándose con la gracia que le hizo el emperador de eximir de todos subsidios á aquellos estados; favor que agradeció mucho, por ser en tanta utilidad de sus vasallos. Dicese que un dia, por haber querido oír dos misas, llegó tarde á la asamblea; y que así el emperador como los demás principes, sentidos de aquella tardanza, resolvieron desairarle para que conociese su ofension no levantándose al tiempo de entrar en la sala; pero luego que se dejó ver en ella, fueron de muy distinto parecer, porque le vieron venir en medio de dos ángeles, que llevaban delante de él una cruz de oro, y no solo se levantó el emperador de su trono imperial, sino que se adelantó algunos pasos para recibirle, y le hizo ocupar el primer asiento inmediato al mismo trono. Todos los demás principes le rindieron grandes honores; y deseoso el emperador de darle gusto, le regaló con el brazo de S. Vito, que se habia traído de Francia al monasterio de Corbia en Sajonia. Tambien le regaló con algunos huesos de S. Segismundo, rey de Borgoña, á quien nuestro Santo profesaba particular devocion. Restituido á Praga hizo edificar un suntuoso templo en honor de S. Vito, que hoy es la catedral, adonde dispuso que fuese trasladado el cuerpo de su abuela Sta. Ludmila, que se halló entero y sin corrupcion, honrándole Dios con gran número de milagros.

Cuanto mas estimado y mas venerado estaba nuestro Santo en toda la Alemania, pero particularmente en Bohemia, mas emponzoñada estaba contra él su cruel madre Drahomira y su hermano Boleslao. Resolvieron acabar con él; y concertaron los medios de conseguirlo, á tiempo que tuvieron noticia de que Wenceslao habia pedido al papa algunos monges de S. Benito, con ánimo de tomar el hábito, y retirarse con ellos á acabar su vida en un monasterio. Con esta novedad suspendieron por algun tiempo la ejecucion de sus intentos; pero viendo que el otro pensamiento iba largo, determinaron efectuar el suyo.

Hábale nacido un hijo á Boleslao, y convidó al duque su hermano, como tambien á los grandes de Bohemia, para que concuriesen á las fiestas que pensaba hacer con ocasion de este nacimiento. En medio de los grandes motivos que tenia nuestro Santo para desconfiar de su hermano, le pareció que no podia escusarse cortesana y decentemente de aquella visita. Las afectadas y extraordinarias demostraciones de amor con que fué recibido, le aumentaron sus justos rezelos, ni la misma magnificencia del festin fué bastante para disminuirlos. Habíase dispuesto para todo acontecimiento con una extraordinaria confesion y comunión que hizo en Praga, antes de partir á Boleslavia. Hacia la media noche se levantó de la mesa para irse á la iglesia, segun su costumbre. Fué muy fervorosa su oracion, y con no sé qué secreto presentimiento de su muerte se ofreció á Dios en sacrificio. Pareciéndola á Drahomira que esta era la ocasion que se buscaba, apuró al impio Boleslao para que se aprovechase de ella. Obedeció el cruel parricida; pero al acercarse al altar, y levantar la espada para descargar el golpe, se apoderó de él tal horror, que se le cayó la espada de las manos. Levántaronla del suelo los facinerosos que le acompañaban, y tratándole de cobarde le animaron á evacuar el impio intento con que habia venido. Entonces el desnaturalizado hermano le pasó de parte á parte la espada por el cuerpo, y le tendió muerto en tierra. Saltó la sangre á la pared, donde se conserva hasta el dia de hoy. El dia siguiente se apoderó el impio homicida de los estados del santo duque, y señaló su usurpacion con una persecucion horrible contra los cristianos, llenando todas las ciudades de sangre y de carnicería. A la infeliz Drahomira no la duró mucho tiempo la impunidad; porque pasando un dia por un campo todo cubierto de cuerpos de una multitud de mártires sacrificados á su furor, á quienes ella habia mandado que no se diese sepultura, se abrió de repente la tierra, y la tragó desgraciadamente á ella y á toda su comitiva. El impio Boleslao se atemorizó, pero no se convirtió.

Creciendo sus espantos con los milagros que se obraban en el sepulcro del santo mártir, mandó desenterrar de noche su cuerpo, y que fuese trasladado á Praga en la iglesia de S. Vito, para que los milagros que obrase se confundiesen con los de S. Vito, titular de la misma iglesia; pero confundió Dios la impiedad de Boleslao. Detuviéronse inmóviles los caballos que conducian el carro donde iba la reliquia cuando llegaron junto á las cárceles de Praga, y no fué posible hacerlos andar un paso adelante, hasta que se dió libertad á todos los encarcelados. Otra maravilla, que tuvo por testigo á una numerosa multitud de pueblo, fué, que el carretero que guiaba el carro nunca pudo hacer que los caballos pasasen por los dos puentes; y así, llevando con violencia al carro y carretero, pasaron á pié enjuto por medio del rio. Todos quisieron ver el santo cuerpo; y abriéndose la caja se halló tan entero y tan fresco como si estuviera vivo, aunque ya habian pasado tres años despues de su muerte. Sucedió el martirio de S. Wenceslao el dia 28 de setiembre del año 938. El impio Boleslao, por sobrenombre el Cruel, fué desgraciado por todo el tiempo de su reinado. El emperador Oton le batió por espacio de catorce años, y se vió obligado á recibir la paz con las siguientes condiciones: dar satisfaccion al mundo por la muerte de Wenceslao con una penitencia pública y de grande humillacion; pagar todos los años un tributo al emperador; volver á llamar á todos los católicos desterrados; reedificar todas las iglesias destruidas, y restituir la religion cristiana en todos sus dominios. Murió miserablemente en la flor de su juventud. Su hijo Boleslao II, llamado el Piadoso, tomó por modelo á su santo tio, y fué uno de los mayores príncipes de su tiempo.

SANTA EUSTOQUIO Ó EUSTOQUIA, VIRGEN.

SANTA Eustoquio, cuya memoria es tan ilustre por la pluma de S. Jerónimo, fué hija de Sta. Paula, cuya admirable vida despues de su entera conversion á Dios, copió esta Santa fielmente. Sta. Paula por la muerte de su marido Toxotio, quitó toda la magnificencia y esplendor de su casa, y se dedicó enteramente á Dios en una vida de sencillez, pobreza, mortificacion y oracion continua. Eustoquio adoptó las piadosas miras de su madre, y se regocijaba en gastar en ejercicios de caridad y religion las horas que otras espendian en vanas diversiones; y en ver remediados muchos pobres con aquello que otros desperdiciaban en el lujo, vanidad y aparato, convirtiendo las bendiciones de Dios en los mayores infortunios, y los medios de su sal-

vacacion en su condenacion y miseria. Eustoquio visitaba muchas veces y recibia las instrucciones de Sta. Marcela, la primera de su sexo que abrazó en Roma la vida ascética y retirada para perfeccionarse en los ejercicios de la virtud.

Conociendo lo muy importante que era tener una guia en la vida espiritual, se puso nuestra devota virgen por los años de 382, bajo la direccion de S. Jerónimo, y solemnizó un voto de perpetua virginidad. Para recomendar su resolucion é instruirle en las obligaciones de aquel estado, compuso S. Jerónimo su *Tratado sobre la virginidad*, llamado de otra suerte su *Carta á Eustoquio* sobre la misma materia, como á fines del pontificado de Dámaso en el año de 383 poco mas ó menos. Habiendo hablado en este tratado de la excelencia del estado de la virginidad, y de la dificultad de conservarla con el riesgo de perder el tesoro de la pureza, establece los preceptos que debe observar una virgen para mantener intacta su castidad. La primera cosa que la prescribe es la humildad y el temor de perder aquella virtud. La segunda una vigilancia constante sobre su corazon y sus sentidos contra todos los peligros, desechando aun las primeras mociones y sugerencias del mal pensamiento, mandando al enemigo antes de que cobre fuerzas, y hollando las mas leves semillas de la tentacion. El tercero de estos preceptos es una templanza extraordinaria en comer y beber. Le prohíbe toda compostura en su belleza, afeminacion, los afeites y los ornatos supérfluos. La impone que jamás beba vino, cuyo licor llama el Santo ponzoña de la juventud, y aceite que se echa á la llama para fomentar el incendio. No queria que se llevase hasta un extremo escetivo el ayuno, y solamente encargaba el moderado, pero constante, y de modo que siempre se levantase de la mesa con apetito. Recomienda la soledad y todas las virtudes cristianas; y encarga á aquella virgen que jamás visite á aquellas damas cuyos adornos y conversaciones puedan tener alguna tintura del espíritu del mundo; y añade: «Salid muy pocas veces de casa, ni aun para honrar á los mártires; honradles en vuestra casa.» Da tambien S. Jerónimo á Eustoquio documentos muy útiles en cuanto á los ejercicios de la oracion continua, y la trae á la memoria la obligacion devota de levantarse á media noche, ó dos y tres veces en ella á orar, además de las horas matutinas de prima, tercia, sexta y nona, que todos sabian deber consagrar á la oracion pública; y no omitir sus preces antes y despues de comer, antes de salir y al entrar en su casa, y en todas las demás ocasiones; y que en toda accion y obra debía hacer ante todas cosas la señal de la cruz.

Cuenta este venerable autor que siendo muy niña Eustoquio, la habia acostumbrado su madre á no llevar mas que unos vestidos muy ordinarios y llanos; pero que cierto dia su tia Pretextata la puso con un rico aparato y rizado graciosamente su cabello, segun el estilo de las jóvenes de su edad y calidad: y que á la noche siguiente pareció á Pretextata haber visto en sueños un ángel que con voz aterradora la habia reprendido el haber osado á poner sacrilegamente sus manos en una virgen consagrada á Cristo, y fomentar principios de vanidad en una prometida esposa suya.

San Jerónimo dejó á Roma en el año de 385, y Eustoquio fué á hacer compañía á su madre en todos sus viajes por Siria, Egipto y Palestina, y se estableció con ella en el monasterio de Belen. Despues de la muerte de Sta. Paula, acaecida en el año de 404, fué Eustoquio electa abadesa en su lugar. Con S. Jerónimo por maestro suyo aprendió mas de lo que prometia su sexo, y era muy versada en la lengua hebrea. Dedicó aquel santo doctor á esta mujer admirable sus *Comentarios sobre Ezequiel é Isaias*, y tradujo al latin la regla de S. Pacomio para uso de sus monjas. Una tropa de herejes pelagianos quemó este monasterio en el año de 416, y cometieron mil ultrajes de que santa Eustoquio y Paula la menor, sobrina suya, informaron por cartas al papa Inocencio I, quien escribió en los términos mas expresivos á Juan obispo de Jerusalem, encargándole que contuviese semejantes violencias, añadiéndole que de lo contrario se veria precisado á recurrir á otros medios para hacer justicia á los injuriados. Sta. Eustoquio fué llamada al galardón de sus fatigas por los años de 419; y su cuerpo fué sepultado cerca del de Sta. Paula su madre. Véase á S. Jerónimo, *lib. de Virgin. et ep.* 22, 26 y 27.

La misa es en honor del beato Simon, y la oracion la que se sigue:

O Dios, cuya caridad infusa en el corazon del bienaventurado Simon, resplandeció en el eximio culto de la santísima Madre de tu Hijo, y en las continuas obras de misericordia: concédenos por su intercesion, fervor de caridad, y protegidos con el patrocinio de la santísima Virgen Maria, consigamos su misericordia. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo 31 del Eclesiástico, y la misma que el dia 11, pag. 49.

REFLEXIONES.

No hay mayor consuelo para un cristiano que estar bien asegurado de que se arregla á la voluntad de Dios en todo lo que emprende. ¿Será posible que en los empleos que preferimos nuestros deseos, no tenga parte el amor propio, y acaso tambien la pasion? En las elecciones de estado y de género de vida para que se consulta solo con la carne y con la sangre, la voluntad de Dios no entra mas que como un motivo exterior y forastero, que sirve únicamente para serenar la conciencia; pero siempre queda sobresaltada. Admirámonos algunas veces de aquellos funestos acaecimientos, y de aquellos trastornos que nos hacen tan lóbregos los dias de la vida. Pero si no te puso Dios en el estado en que te hallas; si por seguir tu pasion ó interés te entremetiste en el sagrado ministerio; si quisiste ser tú solo, por decirlo así, el artífice de tu suerte, ¿qué novedad te deben hacer todos esos inesperados efectos? Turbóse el orden de una providencia particular; desconciértase aquella economía tan sabia, tan arreglada, que nos podia conducir á nuestro último fin por aquellos medios fáciles y seguros que nos tenia preparados. ¿Pues qué maravilla, si despues de todo ese descamino se dén tantos traspiés? Solo damos hoy oidos al espíritu del mundo: solo consultamos á nuestro gusto y á nuestro interés en lo que emprendemos. Hasta en la devocion se introduce el engaño y la ilusion. Hay pocos estados en la vida que no estén sujetos á la ilusion. Ninguna mascarilla toma el amor propio con mas facilidad ni con mas gusto que la de la piedad y de la virtud, á cuyo favor reinan las pasiones sin sobresalto y sin temor. De aquí nace tanta delicadeza y tanta sensualidad de esos que se llaman devotos. Nunca son mas vivas las pasiones que cuando están disfrazadas. Cuando se obra por zelo puro, cuando solo Dios anima todas nuestras acciones, cuando es el único objeto y fin de nuestra conducta, ya el corazon no es esclavo de nuestros deseos, y la mortificacion es el verdadero carácter de la persona; pero en admitiendo otra guia que á Dios, cada paso es un descamino.

El Evangelio es del capítulo 12 de S. Lucas, y el mismo que el dia x, pág. 226.

MEDITACION.

Que á todos es necesario el espíritu de recogimiento y de retiro.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el espíritu de disipacion, aquel derramarse hácia afuera, aquel disgusto tan natural y tan universal que se tiene al recogimiento y al retiro, al mismo tiempo que es uno de los mas perniciosos lazos que nos arma el demonio, es tambien el que menos se precave y del que menos se desconfia. Sabiendo muy bien el enemigo de la salvacion lo muy necesario que es este espíritu de recogimiento para conservarse y para perseverar en el ejercicio de la virtud, no omite medio alguno para desviar de él á todo el mundo. Sabe que en el retiro y en el recogimiento se discurrir cristianamente, se hacen saludables reflexiones, las que sofoca en su mismo nacimiento, ó las destierra de un corazon cristiano el espíritu de disipacion y derramamiento exterior. Por eso aplica el mayor cuidado á inspirar en todos una idea ingrata y tediosa de este espíritu de retiro. El retrato con que le pinta á los ojos de la imaginacion, alborota los sentidos, representándole siempre desfigurado con tan impropios con sombríos colores este dulce reposo del alma. Apodérase del corazon la melancolia á solo el nombre de retiro, y apenas se conoce diferencia entre un hombre retirado y un hombre muerto. Sin embargo, el espíritu de retiro es muy diferente de lo que se concibe. Es un estado dulce, tranquilo, á cubierto del alboroto, del tumulto y del estrépito de las pasiones. Es una sosegada situacion del alma siempre en calma, de un ánimo sereno, y siempre en disposicion de examinarse y de conocerse; cuando por el contrario, estando disipada, anda como fugitiva de sí misma. ¿Pues qué maravilla es que haya en el mundo tan pocas conversiones, habiendo tantos con necesidad de convertirse? Desvíalos de este pensamiento el mismo tumulto y la misma disipacion; y así no pueden conocer la necesidad. Solo en el retiro se oye bien la voz de Dios y se perciben los gritos de la conciencia. En aquella calma se descubren las manchas que la distraccion no permite distinguir; y en aquella paz interior se reflexiona y se discurrir, de modo que por estos discursos y por estas reflexiones se va tomando el gusto á las verdades eternas de la religion. Una alma disipada es como aquellos enfermos abrasados de una ardiente calentura, que están en una perpetua agitacion, y aunque cercanos á la muerte, no conocen la gravedad del mal; hasta